dos y en ser fieles á Dios y á los hombres, sufridos y sumisos, siendo á más los primeros en practicar esa doctrina.

Vez hubo en que los excesos del convite, á que se daban los que se decían verdaderos creyentes del Dios invisible, hicieron temer al Texcocano y á Ecuangári no les fuese ilícita esa comunion; pero, no advertidos, tampoco sabían por qué alejarse de unos *teuctli* tan humanos con los de Anáhuac.

Mas la duda había ya penetrado en el espíritu del Azteca, y cuando entendió deber alejarse, porque así el corazon le daba consejo, de los que aborrecian á los *teopixqui* de Castilla, estaba el mal apoderado de su alma. Era ya en vano que delante la imágen del Dios *víctima* ó de la Vírgen Santa, en los templos del Altísimo, demandase la luz que disipase las dudas; éstas se sucedian unas á otras, como en los desiertos del oceano el perdido navegante, vé pasar y desvanecerse sus olas en tumulto.

Los combates del corazon crecian en tanto para el que así sentia perder la fé: los ojos de la Española daban más á mostrar cada dia el insano amor que ardia en su pecho por el hijo de Anáhuac: cansado éste de combatir sintió perdidas las fuerzas y en el extremo de su angustia creyó invocar en vano el socorro del cielo.

Mas el Dios que consoló á Jacob, no se olvidó de su siervo el del Nuevo-mundo, y ya enviaba quienes le

buscasen para sacarlo del abismo en que iba á sumergirse.

Dos nobles españoles vivian en Paris. Ajenos á sus placeres y olvidados de su patria solo se ocupaban de buenas obras, y era fama que con tres ó cuatro de sus amigos prontos á secundarles, meditaban grandes proyectos: nada ménos conquistar el mundo: estaba el mundo dado á la iniquidad, y aquellos hombres confiados en Dios ban á salvarlo. Era el uno de ellos Iñigo de Loyola: solo él hacía muchos años preseveraba en su generosa ambicion. Soldado de Castilla había asombrado en un tiempo á los invasores de su patria; defendiéndose solo, vencidos los suyos, contra la hueste de los Francos en la toma de Pamplona; pero de entónces el denodado campeon era trocado en uno de esos hombres maravillosos que todo lo dejan y nada desean sino salvar á sus hermanos sin que uno se pierda, salvar sus almas, digo, y alcanzarles la paz en los breves dias que se vive en el miserable suelo. ¡Hombres maravillosos! que sin duda suscita el buen Dios, dolido de tantos males que aquí nos afligen y allá nos amenazan si se nos deja entregados á nuestras débiles fuerzas. Pasando al centro de su conquista el hidalgo español, dejada la gloria y los bienes del siglo, fuése á Paris y allí aprendiendo á ser sabio para ser santo, aguardó con paciencia el dia que meditaba. Viósele al principio con oscuros amigos ir á los hospi-

tales á llorar con los que sufren, partir con los mendigos el pan de la limosna y hablar al pueblo todos los dias de la vida futura. Mas despues iba con él un jóven navarro de real estirpe; habia venido á Paris para añadir á la ilustre prosapia un nombre glorioso por la ciencia del mundo, pero al fin escuchó la voz de Ignacio que le repetia: "¿de qué aprovecha al hombre adquirir todo el mundo si pierde su alma.....?" y hélo ahí despues el más animoso de la legion de Jesus; para grandes cosas lo destinaba el cielo; lejanas regiones lo verian llegar para anunciarles el reino de Dios, y muchos centenares de millares de hombres y muchos príncipes y reyes de los remotos Indios y Japoneses, serían por él regenerados en el Espíritu: ese jóven era Francisco Javier. Los numerosos alumnos de la *gran academia*, (1) estaban pasmados de esa conquista, reputada imposible, obra del humilde Loyola; mas el ilustre filósofo era vencido y todo lo dejaba por amor á Jesus. De entónces unido á Ignacio, solo se ocupaba de hacer el bien, ya buscando á los pecadores para anunciarles el perdon por la penitencia, ya prometiendo á los infortunados el gozo venidero.

Sabedor, pues, este, de que dos hombres del Nuevo-mundo vagaban por todo Paris, y que no eran sin duda salvajes por ser su aspecto noble y entendido, corrió

(1) La Sorbona.

por todas partes en su busca junto con Ignacio, y más prisa se daba cuando se le dijo cómo los sectarios tenian ganada su amistad. Más de veinte veces habia vuelto el dia, desde que los servidores de Jesus andaban en pós de los extranjeros, cuando estos por acaso se dejaron ver una tarde, ya puesto el sol, vagando solos á orillas del rio en los arrabales de la ciudad; los de Anáhuac observando que se les seguia, se detuvieron con sorpresa.

"¿Entiendes acaso la lengua de Castilla?—Dijo Ignacio á Ecuangári, lo mismo que Javier á Nezahual.

—"Sí la entendemos,"—contestaron ambos.

—"Os hemos buscado por toda la ciudad—repuso Javier—desde que supimos de vosotros, y y a, pasados muchos dias, perdida la esperanza, os hemos descubierto bajando por la ribera, y, gracias al Señor, hénos aquí."

Nezáhual y Ecuangári quedaron sorprendidos sin saber qué quisiesen aquellos hombres, por su aspecto y su lenguaje de la region de Castilla.

"Queremos haceros bien,—prosiguió Francisco.— Si sois cristianos, si conoceis ó nó al verdadero Dios, nada obsta: hermanos vuestros somos. ¿No querríais venir con nosotros á nuestra morada?, porque quizá os agrade hablar con quien os entienda, entre gentes cuyo lenguaje acaso no conoceis."

Los del Nuevo-mundo no vacilaron, echando de ver en los desconocidos de Castilla algunos *teuctli* tan buenos como Don Vasco, y repusieron:

—"Irémos con vosotros á vuestra morada, ya que el Dios invisible os mueve á buscar á los extranjeros para hacerles favor."

Entrando pues el caserío, cruzando calles y plazas, llegaron los de Anáhuac á la morada de sus extraños huespedes, morada humilde, y penetrando en ella, se dejaron ver muchos niños y mendigos que á la presencia de sus bienhechores se levantaban como bendiciendo á los que por amor al Cristo les daban diariamente un asilo y un pan. A tal espectáculo quedaron los de Anáhuac más sorprendidos, y se acordaron al punto de Don Vasco y de las maravillas de *Santa Fé*.

—"Hermano mio,—dijo Ignacio al Texcocano, que en silencio aguardaba palabra de su huésped,—¿estás triste? ¿cómo has venido á éstos países desde los tuyos tan remotos? ¿eres acaso esclavo ó prisionero?"

—"El Dios invisible y muerto en el patíbulo me ha libertado de ambos males, buen *teuctle* y mi Señor,—contestó Nezáhual,—despues que muchos acólhuis han visto el término de su libertad ó de su vida, con la llegada de los blancos á esa region en donde moran mi madre y todos los mios. A Castilla he venido, porque mis hermanos los que se avecinan en la nueva ciudad que

Don Vasco nos edifica y llamó *Santa Fé*, se ven amenazados por los hombres que nos aborrecen, de que nuestra ciudad será destruida, y me rogaron diciendo: "Don Vasco lo quiere: conviene mucho seas tú quien vayas á Castilla, para que implores del *Huei-tlatoáni* (1) amparo y proteccion contra los malos que nos aborrecen, secuaces de Nuño."

Llegados al gran puerto (2) con Ecuangári, por acaso se me ofreció á la vista Gonzalo el hijo de Béjar, y estrechándome en sus brazos: "volveré contigo, me dijo, á la casa de mi padre," y pasados algunos soles en la corte de la gran Señora, y otros en donde Béjar ha puesto su morada, la ciudad que llaman Avila, el buen Béjar ha dicho: "Nezáhual y Ecuangári nos acompañen para que se les muestren muchas cosas que no conocen; y con él, Gonzalo y Catalina hemos venido á esta extraña Ciudad, y de aquí partirémos á visitar otras."

—"¿Es entónces el recuerdo de tu patria ó el anhelo de volver á los tuyos lo que te entristece?"

Lloró entónces Nezáhual sin poder contenerse ni responder á lo que le preguntaban.

Ignacio y Javier quedaron sorprendidos, y el mismo Ecuangári no sabía que las penas de su amigo fuesen tales á arrebatarle el llanto.

---

(1) Gran-Señor.
(2) Sevilla

—"¡Hermano mio, cualquiera que sea la causa de tu pena, ábrenos tu corazon!—repuso Javier.

—"Mis males son tales—dijo Nezáhual—que no juzgo posible si alguien lográra libertarme de ellos."—El que así decia creiase envuelto para siempre en aquellas tinieblas que Don Vasco disipó con su palabra, y no sabía si perdida la fé, quedase fuerte á resistir las pasiones de su corazon, concitadas de nuevo por la solicitud amorosa de la hija de Béjar.

"¿Quién podrá volver—prosiguió diciendo—al ciego que ya curado gozaba de la ignorada luz, esa luz que ya no ven los ojos? Y los deseos que se sublevan en el espíritu, ¿quién podrá sojuzgarlos en medio de esas sombras?"

"Don Vasco, el buen *teuctli*, dió á conocer al que no creía, la fé del Dios invisible, y de manos de Valencia, el *teopíxqui* santo, recibí el agua de la regeneracion. De entónces adoré con los mios la imágen del Dios *muerto*, y las cosas sagradas de los blancos tan ciertas me parecian, que ni sospechaba hubiese alguno que no creyese de entre los extraños á Castilla, fuera de los mios. Empero, cuando sé que no todos sienten lo mismo del Dios invisible, y claman contra Roma en donde aseguran, no está Pedro sino *el espíritu malo*, y condenan á los que adoran la imágen del Dios *víctima* y de la Virgen Santa, pórque no es debido, arguyen, adorar

sino al Dios del Cielo, entónces ha vacilado la fé del que quisiera tener la verdadera ciencia de las cosas santas. Mi espíritu se siente como descendiendo por un abismo anchísimo, sin fondo, y el corazon pierde las fuerzas para huir del mal en medio de una duda que me desespera."

Los nuevos apóstoles se miraron atónitos. Empero Javier no pudiendo ya guardar silencio:

—"¡O señor Dios nuestro,—exclamó fuera de sí,—sea glorificado tu nombre; porque ahora vemos que todos tus caminos son misericordia!"

"¡Hermano mio,—dijo volviéndose al hijo de Anáhuac,—notorio es para tí el verdadero Dios, y su piedad lucirá espléndida sobre tí para alumbrar tu fé y para que alabes su santo nombre! El Altísimo se comunica y se descubre á los sencillos de corazon, así como confunde á los soberbios y á los que solo diputan sin voluntad de buenas obras: (el Señor sabe cómo solo quiero que sea su nombre glorificado y que te vuelva su luz y su paz.)"

"Hénos aquí, pues, por testimonio de tu fé: nosotros lo hemos dejado todo, riquezas y honores, por el amor de Cristo Crucificado: nosotros lloramos con los que lloran; buscamos á los que están desnudos para vestirlos; á los que han hambre, para sustentarlos; no vivimos sino entre los que sufren, y nada ansiamos sino salvar el alma de todo hombre quienquiera que sea; y esto, si el

Señor lo cumple á sus siervos, aun derramando nuestra sangre."

"¡Juzga por tí mismo, hijo de Jesucristo! ¿dónde están los que disputan solo y nada hacen por el amor del verdadero Dios? ¿á quiénes has de creer....? ¿pueden acaso los que tanto aman engañarse....? Si *el Santo* reina en los cielos, como tú no lo dudas, no negará su luz á los que buscan conocerle para servirle. ¡Juzga por tí mismo!: nosotros no queremos sino ser confundidos y despreciados, y cada dia rogamos al Cristo ser anathema en honor suyo, para que aquellos de recto corazon que buscan el bien y la verdad, sean salvos en su nombre; nosotros hemos dejado á nuestro padre y á nuestra madre, el reposo de la vida y los dulces amores, y no comemos sino el pan del dolor; mas es Jesus nuestro amor, nuestro reposo y el alivio en las tribulaciones!"

"¡Hijo de Jesucristo! ¿á quiénes darás crédito de los que te anuncian el desconocido Dios....? ¿Cuál testimonio tranquilizará tus dudas....? ¿el de las floridas palabras, ó el de los frutos de verdad y de vida?"

No bien el nuevo Pablo así evangelizaba al neófito, enternecido éste, llorando y echándose á sus piés:

—"Basta,—le dijo,—Santo del verdadero Dios, que hablar así solo pueden los que tienen la verdadera fé que vino de arriba."—Pero Javier y su amigo, levan-

tándole, lo estrechaban contra su pecho, y llorando con él, bendecian al Señor vueltos los ojos al cielo.

"Es verdad,—proseguía el hijo de Anáhuac—el corazon era testigo: aquellos sabios mucho disputan de las cosas profundas del Dios invisible, hecho hombre y muerto por nosotros; mas yo no los he visto buscar á los que tienen hambre, ni acoger á los huérfanos, ni mostrar el amor de sus hermrnos y de su Dios con esa palabra que convence: hé aquí el testimonio cierto de la fé del verdadero Dios."

"¡O desconocido Espíritu! al que te buscaba con la verdad de su corazon, le saliste al camino, y al que te invocaba arrebatado en olas de dudas sin término, al puerto lo llevaste para mostrarle un claro dia. Mi mente se precipitaba por abismos profundos, y el corazon sentia secarse oprimido de angustia desconocida; olvidaba el triste cómo es el signo de la verdadera creencia, el bien hacer, así como el árbol es conocido por el fruto, y los tesoros por el amor con que se buscan. Pero tú te glorías en tu piedad con los miserables y en salvar á los que parecian perdidos. ¡Buen Dios, séme propicio para que te busque con el amor grande de tus santos!"

Ignacio al ver la fé y el amor de los nuevos hijos del Evangelio, alzó su voz enardecido su semblante:

—"¡El Señor Dios de las misericordias ha tenido compasion de su pueblo y nos ha sacado de en medio de tan-

tas tribulaciones! Los hijos del *Reino* se han descarriado á la voz del *Seductor* que predica la iniquidad, y hoy son llamadas nuevas gentes de las islas remotas y de otro desconocido mundo, á conocer al que ignoraban y á ver la luz que aún no amanecia para ellos despues de muchos siglos!"

"¡Bendice, oh Dios, nuestros afanes, y que los hijos de Ignacio tu siervo sean llamados á segar la mies copiosa que ya está para segarse!"

"¡De las partes de la India y de la China y de grandes é ignorados reinos, vendrán muchos á ofrecer presentes al sucesor de *aquel* á quien llamó "*piedra*" tu Verbo nuestro Salvador!"

"Descarriados por el *Apóstata* han muerto muchos hijos, hánse perdido los pueblos de Germania y los Britanos y muchos de los Galos inconstantes; pero ya brotarán innumerables más, como las arenas de la playa y las hojas de la selva, porque así lo tienes prometido."

"De sus bosques saldrán las hordas de los bárbaros para conocer y glorificar á tu Cristo, y recibir el agua de santificacion, y la plebe y los magnates de la populosa China y de las Indias de más allá del Gánges, oirán á tus enviados y se maravillarán de tu Evangelio."

Apénas esto decia, cuando se presentaron en la estancia otros colaboradores y apóstoles futuros, que tambien iban á combatir la iniquidad y á llevar la luz á muchas é ignoradas gentes: allí entraba el amable Lainéz, cu-

ya ciencia iba á ser un dia el oráculo de los pastores de todo el orbe congregados en Trento; le acompañaban Salmeron y Bobadilla, más tarde campeones de la verdadera fé, hijos los tres de la triunfadora Iberia, y el último tan pobre que sabido ser Ignacio de corazon piadoso, fué á pedirle un asilo y un pan; mas Ignacio conociéndole apto lo escogió para la grande obra. Presentóse despues Rodriguez, el de Lusitania: enviado por su rey á la gran Ciudad y sustentado del real tesoro para que allí se ocupase de adquirir la sabiduría, conoció á Ignacio; mas éste le volveria hecho un santo á los suyos, y de ellos salvaria muchas almas; empero ni á este ni á Bobadilla fué cumplido su anhelo de mostrar la luz á los gentiles. Allí entraba despues Lefebre, el humilde Saboyano, el primero que se entregó á Ignacio por discípulo y que más tarde ganó para su maestro á Claudio y á Bruet, ángeles de Dios, y á Codure que ardia en amor celeste. Ninguno de estos era nacido en Castilla; pero todos alistados en la legion de Jesus, llevarian sus conquistas por toda la tierra.

Los recien venidos saludaron con gozo á los del Nuevo-Mundo, y ávidos de saber qué fuese del reino de Jesus en tan remotas regiones, cercaban á los neófitos interrogándoles muchas cosas de aquellos pueblos, mies copiosa para el granero del buen Padre, en cuya siega los nuevos operarios ansiaban tener su participacion.

Nezáhual, con el de Michoacan, no se cansaba de sor-

prender en esos amigos, que no respiraban sino el amor del cielo, los grandes designios del Altísimo en pró de la verdadera creencia y de la salud de los hombres que ya, muy poco, y se harian notorios al mundo. Y sin apartarse de sus buenos huéspedes, hasta el momento en que Béjar dejaba á París, pasaban con ellos casi todas las horas.

Durante esos dias no cesaba el hijo de Ayauhcíhuatl de interrogarles muchas cosas acerca de las verdades santas y de los caminos que llevan al bien. Ignacio, entanto, movido del Espíritu, le repetia sin cesar:—"Si te sientes llamado á hacer grandes cosas por ese Dios Hombre que ya tienes por dicha conocer cuánto es de bueno, no vaciles: sacrifícale tu corazon y déjalo, por El, todo: quizá tu sacrificio será para la salvacion de muchos."—Despues, hablando aparte á sus amigos, el Varon de Dios, les aseguraba:—"Hé aquí que nosotros darémos la *buena nueva* á muchos de Anáhuac y del Nuevo-mundo; mas yo descubro en éste la víctima escogida por la salud de sus hermanos: Cuando Dios se apiada de los pueblos, alguna víctima es elegida de entre los suyos para salud de los demás."

Empero, cuando Nezáhual interrogó á Francisco sobre la renuncia del amor á la mujer, este, quizá entre sus amigos el más sensible y que sin duda habia amado mucho, le respondia:—"El sacrificio del amor es en verdad el mayor de todos: amar á la mujer nos es permitido, y Dios bendijo los primeros amores con la ternura de un padre. Pero quién ignora la dolorosa historia del corazon que ama de véras. ¡Nezahualpílli, los que abrigan un corazon delicado y sensible, están llamados á sufrir mucho: el alma la llevan siempre hecha pedazos, y sus desengaños y sus penas se multiplican cada dia! Despues de muchos años tornan al solo amor que pudo saciarlos, y por esa tardanza ¡qué pesares! ¡Oh! y si se viene en cuenta de aquellas delicias que perdemos por no amar al que tanto nos amó, y tras de qué tormentos nos precipitamos por buscar aguas de vida en agotados pozos, ¿porqué no apresurar el sacrificio?

El Texcocano habia ya confiado á Javier la historia de sus amores y de los combates de su corazon, y el buen blanco que sabía comprender en otros lo que habia sentido en sí mismo, no se desdeñó de revelar al neófito dolorosos secretos de su propia historia.

Así pasaron esos dias, y el de la partida llegó breve. Estaba en su rigor el invierno, y á sus estragos todo se cubria de tristeza: la escarcha blanqueaba los campos y las ciudades; no habia flores ni enramada, ni aves que ensayasen armonías, ni brisas, ni perfumes; el viento helado, unas veces, y otras la nieve, se enseñoreaban de todos los países hiperbóreos. Los del Nuevo-mundo no alcanzaban cómo los hombres pudiesen soportar en esos países la rígida estacion. Pero ya Béjar los